

Las Misiones Agustonianas en China (1575-1818)

POR

MANUEL ARES, O. S. A. (*)

I

El Siglo de los descubrimientos geográficos.—Hacia las Islas del Poniente.—Los primeros religiosos que dieron la vuelta al mundo.—Sus aspiraciones.—Ocupación de Filipinas.—Mirando a China.—Proyectos frustrados.

En el glorioso siglo en que nuestro poder militar y político llegó al cénit, aquel fue siempre acompañado de una profunda influencia religiosa que le dió un matiz peculiar y único en la Historia.

Si queremos conocer todo el fondo de heroísmo que se encierra en el fondo de nuestro pueblo, debemos leer la Historia eclesiástica y nacional del siglo XVI y en

(*) Las presentes páginas no tienen la presunción de relatar la historia completa de las antiguas Misiones Agustonianas de China, ni mucho menos. A nadie como a nosotros le son tan palpables las deficiencias y lagunas que restan por investigar, y cuyo estudio requeriría el tener a mano los documentos que yacen enterrados en el polvo de nuestros Archivos y que no nos han sido accesibles. No hemos tenido otra intención al escribir estas cuartillas que la de poner en limpio los apuntes que a través de los años hemos ido recogiendo en libros, revistas y manuscritos; y aprovechando los ratos que nuestras tareas apostólicas nos han dejado libres, los hemos preparado para ofrecerlos al público para que al menos tengan el mérito de animar alguna que otra persona más capacitada y en mejores condiciones para la investigación histórica, a estudiar las glorias de nuestra Apostólica Provincia, cuyos albores se mecieron en la cuna de las olas del Pacífico, y cuyo fin específico fué desde un principio la evangelización de los pueblos del Oriente y particularmente la de China. — FR. MANUEL ARES.

cada página encontraremos hechos tan gloriosos, que uno solo de ellos bastaría a honrarle y ennoblecer toda una raza.

Nuestro poder nacional y nuestra actividad e influencia religiosa siguieron líneas paralelas; la cruz y la espada se vieron entonces unidas en admirable y santa coyunda, templando aquélla el rigor y dureza de ésta y abriendo la segunda el camino a la primera. Dichosa edad aquella en que al lado de un gran capitán conocido y temido de toda Europa, podíamos poner un santo que con sus oraciones y sacrificios atrajera la bendición de Dios sobre nuestras empresas, al lado de un conquistador un santo, al lado de un gran piloto un sabio y al lado de cada explorador un misionero de ardiente celo y encendida caridad.

Si la conquista y colonización de los tan dilatados como salvajes territorios que formaban nuestro Imperio se llevó a cabo en tan corto tiempo y con medios tan pacíficos, fue sólo porque al lado del soldado iba el misionero para animarlo en sus dificultades y contratiempos; y moderar sus ímpetus en las victorias.

Inmensos eran por cierto los territorios descubiertos hasta 1520 y en ellos se abría espacioso campo al celo de los misioneros y a la actividad de los colonizadores; ellos bastarán a saciar la sed de glorias y riquezas de éstos y el santo celo que por salvar y ennoblecer almas, ardía en el pecho de los primeros, más nada era suficiente para aquietar las nobles ambiciones de aquellos superhombres y sus corazones jamás decían basta.

El grito de los exploradores perdidos en las selvas vírgenes era: ¡Adelantel y el de los misioneros: ¡Más, más almas que salvar! Por eso desde aquel día 29 de septiembre de 1513 en que Balboa pusiera sus pies en el Pacífico y con el Pendón de Castilla desplegado al viento tomara posesión de él en nombre de España, en el pecho de los hombres grandes y de los espíritus próceres, ardía el

deseo de conocer lo que se ocultaba allende las rizadas olas del proceloso mar; los misioneros para ganar almas a Cristo y los soldados para ganar nuevos laureles y ensanchar las fronteras del Imperio.

Aquellos nobles deseos y decidida determinación, dieron por resultado la última de las grandes Conquistas llevadas a cabo por nuestros antepasados: la de Filipinas. Hacemos mención de ella aquí porque aquellas Islas fueron como la base de operaciones de donde partieron nuestros primeros misioneros de China.

Antes de que los españoles lograran verse dueños del hermoso Archipiélago, hubieron de sufrir lo indecible y ver frustradas muchas expediciones, pero su tenaz constancia les dio la victoria más completa y ennobleció nuestra historia con la colonización más pacífica y benigna de las muchas que llevamos a cabo.

En 1520 salía de S. Lucar la expedición de Magallanes cuyo desastrado pero glorioso fin es bien conocido. A esta sucedieron varias otras que tampoco dieron el resultado apetecido (1).

El 10 de noviembre de 1542 levaba anclas del puerto de Natividad (Méjico) la armada que por mandato de Carlos V debía continuar la conquista de las Islas del poniente. Al frente de ella fué puesto Ruy López de Villalobos, cuyo malogrado fin veremos después.

Con objeto de atender a las necesidades espirituales del personal de la Expedición, esta fue provista de tres Capellanes, sacerdotes seculares, y para que los indígenas de las tierras que se pensaba conquistar fueran catequizados e instruidos en nuestra S. Religión, se decidió enviar también algunos religiosos. El honor de ser los elegidos para acompañar a los navegantes y ser los primeros após-

(1) A esta sucedieron varias otras expediciones. En 1525 partió de La Coruña la de Loaysa, en 1527 se hizo a la mar la de Saavedra, en 1537 la de Grijalba, en 1542 la de Villalobos, y por fin, en 1564 la de Legazpi, que obtuvo el apetecido fin que se proponía. (Véase F. de Uncilla, O. S. A., Urdaneta y la Conquista de Filipinas).

toles de los territorios por colonizar, cupo a los Agustinos, quienes habían demostrado su insuperable celo en la evangelización de Méjico.

Nuestros Superiores aceptaron la difícil pero gloriosa misión que se les encomendaba y una santa emulación se apoderó de todos los religiosos por ser los elegidos para tamaña y tan arriesgada empresa. Los mil peligros y las consiguientes privaciones que en lontananza se dejaban ver, solo sirvieron de acicate a aquellos celosos frailes cuya única ambición era hacer el bien y extender el Imperio del Sto. Rey Jesús.

Visto el buen ánimo de los religiosos y los ardientes deseos de que todos estaban animados para la empresa, los Superiores no juzgaron oportuno dar mandato a ninguno, antes bien quisieron dejar la elección a la suerte o más bien a Dios, puesto que según dice la Sgda. Escritura, «sortes mittuntur in sinu, sed a Domino temperantur». Esta cayó sobre cuatro religiosos de mucha observancia y santa vida (1) los PP. Jerónimo de S. Esteban, Alonso de Alvarado, Nicolás de Perea y Sebastián de Trasierra, quienes se hicieron a la mar con las fuerzas expedicionarias.

Las sensacionales noticias que acerca de China habían llegado a Europa por medio de los portugueses, hacían latir con violencia el corazón de los religiosos y sacerdotes todos. Eran tantas las maravillas que aseguraban las relaciones encontrarse en aquel inmenso Imperio

(1) A este propósito dice un documento de 1591: «Y en su compañía (de Villalobos) venían cuatro religiosos de la dicha orden de S. Agustín, los más aprobados en santidad y vida que había en toda la provincia de la nueva España, los cuales se llamaban Fray Hierónimo Santistevan, que fué el primer fundador de la provincia de nueva España, y Fray Alonso de Alvarado, Fray Nicolás de Perea y Fray Sebastián de Trasierra, todos los cuales eran letrados, de inculpable vida y llegados al arcipiélago destas islas anduvieron perdidos mucho tiempo por no acertar la vuelta a la nueva España que era lo que su magestad quería y andando descarriados los dos de ellos fueron captivos en la isla de tançaya que fueron el Padre Fray Hierónimo de Santistevan y Fray Alonso de Alvarado, y después de algunos meses fueron rescatados y todos ellos a mas no poder fueron a las islas malucas y de allí a maiaca y a goas» (V. La Ciudad de Dios, Vol II, pag. 307 y 312).

y eran tantas las almas que privadas del conocimiento del verdadero Dios, habitaban allí envueltas en las tinieblas del paganismo y en las redes del demonio, que China se iba convirtiendo en un poderoso foco de atracción misionera. Seguramente que en las miras de nuestros cuatro religiosos entraban *desde el primer momento*, no solo los infieles de las Islas de la Especería, sino también los de China.

Después de una larga y penosa navegación, la Armada aportó a las Filipinas pero no pudo establecerse allí y tras muchas peripecias hubo de fondear en Tidore, navegando por costas portuguesas. Cuando la expedición se dirigió a este lugar, dos de los religiosos, los PP. Alonso de Alvarado y Jerónimo de S. Esteban, quedaron en una de las Islas Filipinas, Leyte o Tondaya, como le llaman las relaciones de entonces. En dicha Isla permanecieron durante ocho meses, ejercitándose en la predicación y ministerio sacerdotal y dando un admirable ejemplo de virtud y desinterés a los naturales (1).

Después de ocho meses de estancia en la citada Isla, llegó un enviado de Villalobos y Escalante, y condujo a los dos religiosos a Tidorex, donde se encontraba el resto de la expedición desde el 25 de abril de 1544.

Viendo los españoles que no les era posible la vuelta a

(1) Que estos dos religiosos predicaran nuestra S. Religión en Leyte nos parece indiscutible. El objeto de llevar religiosos en las naves, era no tanto para atender a los expedicionarios, cargo que correspondía a los capellanes seculares, como el misionar entre los infieles que en las regiones que se descubrieran habitaran. Ciertamente que estos religiosos no podrían desplegar todo su celo por no conocer el idioma, pero también lo es que aun con una pobre expresión se puede predicar y hacer mucho fruto. Y que el celo de los religiosos era capaz de llevarlos a esto, nos lo aseguran no solo los testimonios antes citados en pro de su santa vida, sino también estas palabras del P. Argandarú Moriz: «Menos ociosamente lo pasaban los Religiosos Agustinos, que ejercitándose en la lengua y predicación evangélica, tenían por dulce entretenimiento ejercer la caridad con los enfermos curando a los naturales así en el alma como en el cuerpo siendo enfermeros de todos: ejercicio que arrebatava los ojos de toda aquella gentilidad, y tanto más respeto tenían a aquellos ministros de Dios, cuanto viendo que desechaban el oro y plata que les ofrecían, contentándose con su humilde sustento, les servían en sus enfermedades con mayor gusto y cuidado» (V. Documentos inéditos para la Historia, Tomo LXXIX, pág. 58).

Méjico por el derrotero que habían traído, hubieron de ponerse a disposición de los portugueses, quienes les exigieron la vuelta por el Cabo de buena Esperanza y condujeron las naves al Puerto de Amboino con los cuatro religiosos a bordo.

En este puerto encontraron al Apóstol de las Indias San Francisco Javier, que sin duda serviría a los contristados religiosos de alivio en sus penas y con su santa conversación tan llena siempre del amor de Dios los animaría a sobrellevar resignadamente los contratiempos en que se veían. En compañía del Santo permanecieron más de dos meses, desde el 9 de Marzo al 17 de Mayo de 1546 (1).

El contristado general castellano, no pudiendo soportar los rudos golpes de la fortuna, murió en Amboino asistido por los religiosos. Los restos de la expedición española salieron para la ciudad de Cochín de vuelta para Europa. Aquí volvieron los religiosos a encontrar a Javier quien en su trato con ellos tuvo ocasión de admirar las virtudes de que estaban adornados, pues al salir estos de Cochín para Goa escribía de ellos al Rector jesuíta de esta ciudad, lo siguiente: «Agustiniani Fratres quidam hispani Goam hinc veniunt, ex quibus de meis rebus cognoscere licebit. Hos ergo tibi commendo ut quibus cum rebus poteris velim eos adjuves; viri quippe religiosi sunt plaque sancti».

Sin duda que durante esta convivencia con S. Francisco, nuestros religiosos tratarían con él de los grandes problemas misioneros de Oriente, principalmente de China y Japón que ejercían sobre Javier una poderosa atracción, y quien después de recorrer y evangelizar las costas de la India y las Islas del Moro, se preparaba para el viaje del Japón, de donde tantas maravillas había oído contar y donde tanto fruto había de hacer. Este encuentro

(1) Schurhammer, Vida de S. Francisco Javier, c. XX.

providencial, acaso tuviera decisiva influencia en las futuras orientaciones misioneras de los Agustinos hacia China y Japón, pues, como veremos mas adelante, desde el primer momento y por mucho tiempo, estos dos Imperios atrajeron a nuestros misioneros más que el resto del Oriente.

Fuera debido a esto o como ya dijimos al principio, la evangelización de China entrara *desde el primer momento* en las miras de nuestros religiosos, es el hecho que éstos, al ver deshecha la expedición y sin esperanzas de lograr el fin que se habían propuesto, decidieron pasar a China, para emplear allí sus vidas. «Con la muerte del general Villalobos, dice el ya citado P. Fernando, la gente de aquella expedición se fue cada una por su parte. Los religiosos Agustinos intentaron ir desde el puerto de Natividad al imperio de la China, para predicar el santo evangelio; pero los portugueses no se lo permitieron porque no eran de su nación y se vieron precisados a embarcarse para Europa» (1). En 1714, el P. Tomás Ortiz, misionero que había sido de China y gran conocedor de nuestra historia, decía en un Memorial elevado al Definitorio: «Y por eso los cuatro exploradores insignes que nuestra sagrada Religión envió por delante a estas Islas, desde donde Dios quiere que se manifieste su gloria a las naciones de Asia, habiendo arribado al Maluco y no pudiendo reprimir la fuerza de su abrasado espíritu, quisieron presentar batalla al capitán de las tinieblas en aquellas Islas y pasar al Japón en compañía de S. Francisco Xavier, para conquistar el dominio que allí tenía establecido el demonio; y después quisieron pasar a China en un navío portugués para arruinar el poder diabólico de sus

(1) Historia de los PP. Dominicos de las Islas Filipinas, citado por el P. Bernardo Martínez, O. S. A., en Historia de las Misiones Agustonianas en China, págs. 5-6. Creemos que el escribir este autor que los religiosos quisieron pasar a China desde el puerto de Natividad, es un error, pues no sabemos que en oriente hubiera puerto alguno de este nombre. Sin duda debió decir Amboino, donde murió Villalobos, o Cochín, puesto que estos fueron los dos puertos en que anclaron las naves en su viaje de vuelta.

errores. Pero como siempre fue tanta la contradicción que los portugueses hicieron a los castellanos, aun en punto de salvar las almas de dominios suyos y ajenos, les fueron contrarios en todos sus deseos que ofrecieron a Dios en vez de obras (1). Este claro testimonio nos da bien a conocer la influencia de S. Francisco Javier en los ánimos de nuestros religiosos.

Visto que eran del todo inútiles sus tentativas de evangelización en el Oriente, los cuatro religiosos hubieron de volver a España con el resto de la expedición. «Por agosto de 1549 llegaron a Lisboa habiendo empleado siete años en su malhadada expedición. No fué sin embargo infructuosa su misión, porque con sus consejos saludables consolaron muchas veces a la gente y fueron como exploradores evangélicos de las Islas en que sus hermanos debían empezar después de pocos años a predicar y propagar la doctrina de la fe a los gentiles» (2).

Estos fueron los primeros conatos de los Agustinos por entrar en China. Lástima que la animosidad que reinaba entre los dos grandes Pueblos de entonces no nos permitiera recoger los primeros frutos en este Imperio.

Casi 20 años después del fracaso de esta expedición, Felipe II organizó otra que partiera con el mismo derrotero y fin que la anterior, que no era otro sino la predicación de la santa Fe, y que los naturales de las tierras descubiertas fueran enseñados en ella y viviesen en paz y policía civil, como decía el mismo Rey en su Cédula al Virrey de Nueva España. La expedición se preparó lentamente, con todo el cuidado y con todas las prevenciones

(1) Citado por el P. Bernardino Hernando en Historia del Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid, tomo II, pág. 18.

(2) Fernando O. P., ob. cit. Estos cuatro fueron los primeros religiosos que dieron la vuelta al mundo, pero no los primeros sacerdotes, puesto que ya en la expedición de Magallanes habian ido dos sacerdotes, Pedro de Balderrama y Bernardo Calmeto de Latoyra y en esta misma expedición iban otros tres sacerdotes, dos de los cuales volvieron a Europa, Juan Delgado y Martín de Lasso, quedando los otros en Oriente.

que aconsejaba la experiencia, para lograr lo que se deseaba.

En 1564 zarpó la nueva hornada. Era jefe de ella Miguel López de Legazpi y su alma y ángel tutelar fué el P. Urdaneta, quien a juicio del Virrey era «el mejor y más cierto cosmógrafo y el más experto y experimentado en la navegación que se había de hacer, así en la vieja como en la Nueva España» (1). El P. Urdaneta había estado ya en el Oriente con la expedición de Loaysa, en la cual luchó como un héroe y había dado la vuelta al mundo, circunstancia que le daba gran ascendiente sobre la gente y le había enseñado muchas cosas por experiencia. Como compañeros de este gran fraile y marino, fueron enviados otros cuatro selectos religiosos Agustinos, quienes han dejado un gran nombre en nuestra historia: los PP. Martín de Rada, Diego de Herrera, Andrés de Aguirre y Pedro de Gamboa (2). Desde este momento, las miras agustinianas toman una decidida dirección hacia Oriente, no precisamente Filipinas, sino a China y el Japón (3).

En la Patente que nuestro Vicario General en América, el P. Provincial de Méjico y sus Definidores dieron a los

(1) Estado de la Provincia del Smo. Nombre de Jesús de Filipinas, 1905, pág. 9.

(2) Era tanto el aprecio y la estima que los Superiores tenían del P. Rada, que al saberse en España la decisión de los Superiores de Méjico, de enviar a este religioso en la expedición, el Provincial de Castilla y su Definitorio escribieron a aquellos oponiéndose formalmente a que se enviara a religioso de tanto valer a una empresa que tantas veces había ya fallado. En la carta mencionada decían: «Mando a VV. RR. en virtud de santa obediencia que en ninguna manera del mundo vaya a la China (el P. Rada) hasta que haya mas satisfaccion del provecho que allá podra hacer y mas certidumbre de la Armada que ahora va» (Citado por el P. G. de Santiago Vela en Ensayo de una biblioteca Ibero-Americana de la Orden de S. Agustín, vol. VI, pág. 44 b, nota 2). Por fortuna esta carta llegó a Méjico cuando la Armada se había hecho a la mar y el viaje del P. Rada no pudo ya ser cancelado.

(3) No solo era esta la mira de los misioneros, sino también de los mismos capitanes y soldados. Al ultimarse los preparativos de esta expedición Legazpi y Juan Pablo de Carrión, que había ido a Oriente en la de Villalobos, manifestaron que no se proponían tanto el descubrimiento de nuevas tierras, como la conquista de China, para establecerse allí de asiento (V. F. de Uncilla, ob. cit., cap. XI, pág. 190, nota 1). «Desde un principio, escribe el P. Henry Bernard, S. J., tanto los misioneros como los Conquistadores, no miraban a Filipinas más que como una base de operaciones desde donde extender su actividad hacia regiones más bastas y atrayentes. La China, y, en general, el continente Asiático eran el sueño dorado de unos y otros». (Aux portes de la China, 1.^a p. chap. VII).

cinco religiosos, decían: «Os concedemos toda aquella autoridad que Sixto IV, Nicolás V, etc... han concedido hasta aquí y en lo futuro hayan de conceder a los religiosos que vayan a tierra de infieles a predicar el santo evangelio de Cristo, principalmente a la TARTARIA ULTERIOR, A LA CHINA y a otras partes del Orbe en las cuales ignoramos si ha sido predicada la piedad cristiana de la santa fe católica» (1). Por cuyas palabras se echa bien de ver la importancia de China en la mente de los autores del citado documento. La expedición salió del puerto de Natividad el 21 de noviembre de 1564 y el 27 de abril de 1565 fondeaba en Cebú.

Con la partida de los nuevos misioneros comenzó la existencia de una nueva provincia agustiniana, la provincia misionera por excelencia que a través de los siglos y a pesar de todas las dificultades ha sabido conservar su tradición misionera y granjearse el honroso título de APOSTOLICA. Las misiones de esta Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas, se han conservado hasta nuestros días y sus Superiores han sido siempre tan solícitos en el bien y aumento de ellas, que según nos dice el P. B. Martínez; «entre los preciosos documentos que al través de los siglos se conservan con toda religiosidad en nuestras bibliotecas y archivos provinciales, nada más fácil que encontrarse con exhortos, nombramientos, letras circulares, etc., encaminados a promover las vocaciones para predicar en los países infieles donde aún no había sido escuchada la voz del Evangelio» (2). Es muy expresivo el hecho de que la hoy Provincia Agustiniiana del Stmo. N. de Jesús de Filipinas, tuvo por primer nombre el de PROVINCIA DE CHINA, según consta del documento de agregación expedido en 1575 a 7 de marzo,

(1) El Documento íntegro puede verse en Apuntes históricos de la Provincia del Smo. N. de Jesús de Filipinas, Filipinas, pág. 30, por el P. Bernardo Martínez, O. S. A.

(2) Misiones de China, pág. 1. Lástima grande que la mayor parte de estos documentos cuyo conocimiento tanta gloria daría a nuestra Corporación, se halle aún sepultada entre el polvo de los Archivos, expuesta a desaparecer y conocidos de pocos

por el Rvdmo. P. General Taleo Perusino. Dice así: «Confirmavimus et Ordini aggregavimus Provinciam CINAE apud Insulas Philipinas et dedimus facultatem Praelatis et Vicariis nostris ut possint absolvere suos subditos ab omnibus censuris, poenis, peccatis et irregularitatibus» (1). Días más tarde, el 13 del mismo mes, vuelven los Regestos del mismo P. General a hacer mención de la Provincia de China: «Respondimus nos subsidium accepisse nomine Provinciae *Sinarum* per manus Fris. Didaci de Herrera... Missimus etiam cum his litteris, litteras patentes ad totam Provinciam in charta pergamina cum sigillo magno, quibus Provinciam SINA-RUM aggregamus ad religionem cum omnibus suis monasteriis quae hucusque habet et acceptura est» (2). Este nombre se conservó hasta 1581, año en que al publicarse las Constituciones fué cambiado por el actual y aprobado en los Capítulos generales de 1592 y 1594 (3). El cambio fué sin duda debido a que la Provincia había entrado de lleno en la labor misionera de las Filipinas y no había podido conseguir hacer pie en China, a pesar de las repetidas tentativas que como veremos, se hicieron.

El arribo a Filipinas no fué bastante para aquietar a los españoles, a quienes en un principio no agradó aquella tierra y tanto los soldados como los misioneros no quitaban los ojos de China; los primeros para conquistar aquel Imperio a España y los segundos para ganarlo a Cristo. Por esta razón, tanto los unos como los otros, no dejaron de importunar a Felipe II para que les permitiera comenzar la ansiada conquista, llegando

(1) Archivo Gen. de la Orden de S. Agustín, Rmo. P. M. Perusino, Reg. 18, Marzo de 1575.

(2) Insertado en *Analecta Agustiniána*, vol. I, págs 76-77.

(3) *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclesiastique*, vol. V, col. 535 y H. Bernard, ob. cit. pág. 107, nota 15.

a proponerle un detallado plan de invasión, plan que no aceptó finalmente el Rey (1).

Todo lo referente a China interesaba vivamente a nuestros religiosos, en especial al P. Rada, hombre emprendedor y amigo de investigaciones científicas y de estudiar los pueblos con quienes tenía contacto. Poco después de su llegada a Cebú se puso en comunicación con un chino que allí encontró, y quien le facilitó todas las noticias que acerca de China nos da antes de 1575, fecha en que pudo ver por sus ojos las maravillas y misterios que encerraban las fronteras del aislado Imperio. En una carta de 1569, dirigida a Felipe II, decía hablando de las precauciones que se debían tomar en caso de emprender la conquista de China. «Si su Magestad pretende la China que sabemos que es tierra muy larga, rica y de gran población; que tiene ciudades fuertes y muradas muy mayores que las de Europa... la gente china no es nada belicosa... y así creo que mediante Dios fácilmente serán sujetos (2). Más tarde, en 1572, al escribir al Virrey de Nueva España, hace una breve relación de China, según lo había oído de un «chino principal», y dice que la China «tiene ciudades muradas y artilladas y que será el reino más grande del mundo». Hablando del valor de los chinos, añade: «y así es la gente más vil para la guerra que hay en el mundo, aunque pelean a caballo y pie, pero los

(1) El 8 de Junio de 1569 los capitanes afirman a Felipe II que sin gran dificultad se podrán apoderar de China (Montalbán, *El Patronato Español en Filipinas*, pág. 105). En 1570, Legazpi en carta a Felipe II, le dice que no sabiendo si la voluntad de S. M. es que se vaya a China inmediatamente funda la ciudad de Manila. (Carta del 27 de Junio de 1570, citada por H. Bernard; ob. cit. pág. 106) Francisco de Sande, gobernador de Filipinas, llegó a proponer un verdadero y detallado plan de invasión (Véase su Relación publicada por Retana, Archivo del bibliófilo Filipino, tomo II). Son también de notar los esfuerzos del Jesuita Sánchez para que la invasión se llevara a cabo (Bernard. Ch. III, 2 parte) lo mismo que el vivo interés de los Agustinos Rada, Ortega y del mismo Arzobispo de Manila Domingo de Salazar, O. P., quien después de probar a Felipe II que tiene derecho a China y razones bastantes para conquistarla, termina exhortándole a que deje todo otro negocio, aunque se trate de conquistar mil Flandes o la misma Tierra Santa, y que atienda a la de China, que es la obra apostólica de mayor importancia que se ha visto desde los tiempos de los Apóstoles. (Véase Bernard. ob. l. c.)

(2) Citado por el P. B. Martínez, *China*, pag 8.

de a caballo no llevan espuelas y para pelear sueltan las riendas y pelean a dos manos» (1).

En 1570 no se habían aun decidido los misioneros a entrar de lleno en la evangelización de Filipinas, por esperar de un momento a otro poder comenzar la conquista material y espiritual de China y de otros lugares cercanos, más ricos y poblados, según nos lo cuenta el P. Herrera: «En lo que toca a la conversión de los naturales no se ha hasta ahora tratado de veras hasta ver la voluntad de V. M., porque como cerca Cebú hay tierras tan grandes y tan ricas y son de V. M. (2), como son CHINA, Lequios, (3), Javos, Japones, tuvimos mandado ir a ellas y dejar estas Islas» (4).

Viendo los misioneros que Felipe II no terminaba de decidirse a conceder el ansiado permiso de conquistar a China, quisieron por todos los medios pasar a aquel Imperio, solos y sin más armas ni defensa que su ardiente celo, pero aun esto les era imposible, por estar las puertas de China cerradas a todos los extranjeros y por no ofrecérseles coyuntura de poder atravesar el peligroso

(1) El documento íntegro está publicado en Archivo Agustiniiano. vol. XX, pág. 183 ss.

(2) Después del Tratado de Tordesillas y la Bula de Alejandro VI constituyendo la línea de Demarcación, tanto los españoles como los portugueses, tenían por SUYAS las tierras comprendidas en sus respectivas líneas. «Hoy nos sentimos tentados a reír al oír tamaños proyectos, escribe el P. Mantalbán, S. J., comentando las citadas palabras del P. Herrera, pero debemos tener en cuenta que entonces a la concesión papal se daba un significado objetivo y real; España y Portugal, eran, según la ideas de la época, dueños de tierras de infieles a título de evangelizarlas; y además débese advertir que las ideas geográficas a la sazón en boga no estaban ni mucho menos a la altura de nuestros conocimientos. Por fin dábase la historia reciente el que en todo caso un puñado de valientes había bastado para conquistar los imperios de Moctezuma y de los Incas». (Siglo de las Misiones, 1929, Filipinas).

(3) Con este nombre se llamaba a las Islas de Ryu-Riu, que se extienden desde Formosa al Japón. Tanto los españoles como los portugueses tenían exagerada idea de sus riquezas. Así por ej. Barbosa escribía: Enfrente de esta gran tierra de China hay muchas islas en el mar... De suerte que todos los años vienen a Malaca tres o cuatro barcos como los de los chinos pertenecientes a cierta gente blanca, quienes dicen ser grandes mercaderes y ricos. Traen gran cantidad de oro, plata, en barras, sed y preciosos vestidos, gran cantidad de buen trigo, finas porcelanas y muchas otras cosas... Estas islas se llaman de Lequios». (The Book of Duarte Barbosa, vol. 5, pág. 215-216).

(4) La carta del P. Herrera la cita Montalbán en El Siglo de las Misiones, 1929, Filipinas.

mar que los separaba de ella. En este estado de incertidumbre y de esperanza, estaban los religiosos cuando aparecieron en Filipinas algunos mercaderes chinos con sus típicos juncos. Esto sucedió en 1572 con la buena coincidencia de que aquel año celebraban los religiosos el capítulo Provincial. «Con la celebración del capítulo Provincial de 1571, escribe el P. Bernardo, coincidió la llegada a Manila de algunos mercaderes chinos, suceso de gran importancia y que hubo de despertar grandísimo interés entre los españoles, porque se consideraba como el primer paso para las relaciones comerciales con la Nación vecina, cuyo desarrollo y cultura tanto ponderaban aquellos mercaderes. Nuestros religiosos creyeron ver en la nueva embajada un medio fácil de penetrar en el misterioso imperio, completamente desconocido para toda Europa (1), juzgando llegado el momento de anunciar allí el reinado de Jesucristo y descorrer el tupido velo de la infidelidad tras el cual se ocultaban las abominaciones y vergonzosos misterios de la idolatría» (2).

Reunidos los religiosos en Capítulo, uno de los principales puntos que trataron fué sobre la conversión de una Nación tan política y sabia como era la de aquel Imperio (China), por el natural afable y buena disposición que en los Chinos conocían». En este Capítulo salió electo Provincial el P. Rada, quien tantos deseos había mostrado por la evangelización de China, pero como su nuevo oficio le impedía ir personalmente, determinó que dos de sus religiosos fueran en compañía de los mercaderes sangle-

(1) No es exacta la afirmación de que China fuera completamente desconocida para toda Europa, pues habían precedido varias y curiosas Relaciones escritas por portugueses (Cfr. Donal Ferguson, Letters from Portuguese captives in Canton written in 1534 and 1536... with an Introduction on Portuguese intercourse with China in the first Half of the 16 th. century). En 1569 apareció en Lisboa el famoso libro de Gaspar Da Cruz, P. O. titulado, Tractado da China, aunque esta obra no alcanzó gran difusión. Es sin embargo cierto que hasta la fecha en cuestión se tenía muy escasa noticia cierta de las cosas de China.

(2) P. B. Martinez, China, pág. 6.

yes (1), que volvían a su Patria después de haber vendido o cambiado las mercancías. Los designados fueron los PP. Agustín de Albuquerque y Francisco de Ortega (2). Enterados los mercaderes chinos de la determinación de los religiosos, les respondieron que en China podrían entrar solo como esclavos y solo en esa condición los podrían llevar consigo. Ante esta dificultad no vacilaron los religiosos por un momento en renunciar a su libertad por obtener el deseado fin. «Parecióles, dice el P. S. Agustín, honra muy grande a los Padres el hacerse esclavos por Cristo, para mayor gloria suya y bien de las almas y no dejaban los chinos de condescender en algo en este medio» (3). Cuando todo estaba preparado y parecían próximas a cumplirse las esperanzas de los religiosos, surgieron nuevas e imprevistas dificultades que les impidieron llevar a la práctica sus deseos. Bien fuera que los chinos, a última hora se volvieron atrás, como dicen algunos documentos, o que el Gobernador, a quien pareció demasiado dura la condición en que se tenían que poner, no lo permitiera, como dicen otros, es el hecho que los santos propósitos de los misioneros, se vieron frustrados por entonces. El P. Rada, en la carta ya citada al Virrey de Nueva España, le decía: «Quisimos en un navío de ellos (chinos), enviar allá un par de religiosos, porque los

(1) Durante mucho tiempo los chinos fueron denominados por los españoles con el nombre de Sangleyes, nombre que según el eminente sinólogo M. Pelliot, viene de las letras chinas Shang Lai que significan «venir a comerciar», pues sin duda que al ser preguntados por los españoles qué clase de gente eran y a qué venían responderían que eran comerciantes y venían a hacer comercio. Shang Lai (Pelliot, Journal Asiatique, 1914, tomo IV, pág. 201).

(2) El P. Gaspar de S. Agustín en sus Conquistas, dice que los designados fueron los PP. Albuquerque y Alvarado, que había venido en la expedición de Villalobos y quien como hemos visto había ya querido entrar en China. El P. Bernardo Martínez siguiendo al citado autor dice también que los elegidos fueron los dos Padres mencionados, pero el P. Rada dice que fueron los PP. Albuquerque y Ortega. «El P. Rada era entonces Provincial y a él le tocó ordenar quienes habían de ir a China, razón de más para estar enterado sobre el particular. Por esto creemos una equivocación del P. S. Agustín al afirmar que los designados fueron los Padres Alvarado y Albuquerque (P. G. de Santiago Vela, O. S. A. Ensayo vol. VI, pág. 171, nota 3).

(3) Conquistas de las Islas Filipinas.

mismos chinos se ofrecían a ello, pero nunca quiso el gobernador, sino fuese o por mandato del Rey, o de V. E. Dijome que había mandado a pedir licencia al gobernador de Chionchin (Chu'uangchow) para enviar allá el año que viene un par de hombres a tratar con el de paz y contratación. No sé que respuesta dará V. E. Suplico envíe a mandar que si pudiera ser se envíen allá un par de religiosos, porque además de que podría ser se abra alguna puerta al Evangelio y servicio de Nuestro Señor, servirá también de que tendremos allá verdadera noticia de lo que hay y ellos declararán a los chinos la grandeza de nuestro Rey y cuán bien les está en tener amistad, y si ellos reciben la fe les darán a entender la obligación que tienen de servir a Su Magestad, pues a su costa les envía ministros que les enseñen, y aunque no fuera más que servir de lenguas y que se pudiese contratar con ellos no sería poco importante su yda, y para ello si a mí me lo mandasen lo ternía por particular merced y lo haría de muy buena voluntad» (1).

El Gobernador de Filipinas dio presentes a los mercaderes para que los ofrecieran al Emperador y le pidieran licencia de comercio con los españoles y facultad para predicar el Evangelio en su Imperio queriendo así calmar los deseos de los religiosos con una esperanza de poder ir pronto. El gobernador, escribe el P. S. Agustín, dijo a los religiosos que quería escribir al Rey de la China, enviando a pedirle licencia para que fueran al año siguiente sin peligro alguno, como lo ejecutó, enviando juntamente al Emperador un rico presente de piezas de terciopelo y de grana y otras cosas estimables en China y todo lo entregó a los capitanes de los juncos; los cuales

(1) En la Relación acerca de las cosas de la China que en 1576 escribió el P. Rada dice que la causa de no haber ido a China los dos Padres no fue que se opuso a ello el Gobernador de Filipinas, sino que los chinos no los quisieron llevar: «aunque prometieron largamente de ello, se fueron sin querer llevarlos consigo». La verdadera causa parece haber sido la oposición del Gobernador, como lo decía en la carta de 1572 que a raíz de hecho escribió.

por quedarse con ello debieron de romper las cartas, porque no se tuvo respuesta de ellos y a los religiosos se les frustró su santo deseo, pero no el mérito» (1).

Las bellas esperanzas que abrigaban los españoles no se vieron cumplidas, no tanto porque los mercaderes rompieran las cartas, sino porque China desconfiaba de los extranjeros y no sin razón, como lo demuestra la conducta de algunos portugueses (2) y quería por todos los medios aislarse del contacto de los indeseables y bárbaros extranjeros.

No se desanimaron con este fracaso los religiosos, antes bien crecieron sus ansias de apostolado y sacrificio. Al siguiente año de 1573, el P. Albuquerque trató de ir solo a China pero tampoco pudo lograrlo, por no comprometerse nadie a llevarlo. A este propósito escribe el P. Rada: «y el año siguiente el dicho P. Fr. Agustín ofreciéndose de ir solo por la mucha falta de religiosos que había en esta tierra lo intentó primero en Manila y después en Mindoro y no tuvo remedio de que le quisiesen llevar porque nadie se atrevió diciendo que les cortarían las cabezas si tal hiciesen, y así se quedó la dicha intención por entonces como imposible» (3).

El presente capítulo no es más que un conjunto de buenos deseos y de tentativas frustradas. Los religiosos, sin embargo, no perdieron el ánimo y con ojo avizor expiaban el momento propicio para entrar en aquella deseada tierra, cuya abundante mies prometía una gran cosecha; pero la hora en que nuestros misioneros penetraran en aquel campo del Padre de familias no había sonado aún. ¡Cuántos reveses y contratiempos les esperaban antes de ver colmados sus deseos!

(1) P. Gaspar de S. Agustín, *Conquistas*.

(2) Véase por ej. la conducta observada por Lanzarote Pereira en Torres y Lanzas-Pastells, *Catálogo de los documentos relativos a las islas Filipinas*, Vol. I, pág. CCLI.

(3) Relación del P. Rada escrita en 1576, publicada en *Revista Agustiniiana*, vol. VII, pág. 51 y vol. IX.

Bibliografía para este Capítulo

P. Bernardo Martínez, O. S. A. «Historia de las Misiones Agustinas de China» y «Apuntes históricos de la Prov. del Smo. N. de Jesús de Filipinas». Estado de la Provincia Agustina del Smo. N. de Jesús de Filipinas, 1905, con un resumen histórico; P. Gaspar de S. Agustín, «Conquistas de las Islas Filipinas»; Henry Bernard, «Aux portes de la Chine»: Los documentos contemporáneos escritos por nuestros misioneros y publicados en varias revistas, según se expresa en las notas. Otras obras de interés particular van citadas en las notas. P. Gregorio de S. Vela O. S. A. «Ensayo de una biblioteca Iberoamericana».